

MENSAJE DEL DECANO

Universidad, Derecho y Cultura

Uno de los importantes desafíos que tiene por delante la tarea universitaria es revertir el deterioro cultural que lenta y persistentemente ha impregnado a nuestra sociedad. No es consuelo comprobar que este fenómeno no es exclusivamente nacional, pues en todas partes del mundo la cultura del entretenimiento populista, del escapismo frente a los problemas de fondo y de la búsqueda de resultados inmediatos pero efímeros ha contagiado a muchos países y sociedades. No es consuelo ni solución conformarse con la idea de que simplemente seguimos la corriente.

Si algo debería diferenciar el rol de las universidades y de la enseñanza en general es la de ser faros de guía y de alerta. Focos que iluminan fuerte a las nuevas generaciones y las espolean a no conformarse con la cultura del más o menos, de la chatura y mediocridad, de repetir sin pensar lo que algunos proclaman a viva voz, pero con pocos fundamentos. Si algo fue característico del sistema educativo de nuestra sociedad durante años fue su apertura e inclusividad, su fortalecimiento de una clase media que tuvo como una de sus metas principales reafirmar su cultura general antes que obtener logros materiales y precederos. Esto es algo que todo sistema de enseñanza debería recuperar para que todos los involucrados en el mismo, empezando por los docentes, siguiendo por los alumnos, pero sin descuidar a los padres y a los administrativos, se sientan orgullosos y honrados por lo que dan y por lo que reciben. Si hay algo que parecería percibirse y palpase en lo que denominamos deterioro cultural actual, es que, en rasgos generales, pocos de esos protagonistas hoy por hoy se sienten muy orgullosos u honrado por lo que hace o está recibiendo. No me estoy refiriendo a las compensaciones materiales simplemente; muchísimas personas en el ámbito educativo tienen una arraigadísima vocación docente que trasciende con creces las remuneraciones de tipo económico o material. Sigo pensando y creyendo que son la mayoría. Pero no por ello dejan de tener razones y argumentos para estar desencantados. Des-



Revista de DERECHO

Publicación semestral de la
Facultad de Derecho de la
Universidad de Montevideo

Director

Santiago Pérez del Castillo

Director Fundador

Carlos E. Delpiazzo

Sub. Director y Redactor Responsable

Miguel Casanova

Lord Ponsonby 2506

Consejo Editorial

Carlos de Cores

Alberto Faget Prati

Jorge Fernandez Reyes

Mercedes Jiménez de Aréchaga

Pedro Montano Gómez

Santiago Pérez del Castillo

Siegbert Rippe

Comisión de Publicaciones

Beatriz Bugallo

Miguel Casanova

Juan Manuel Gutiérrez

Secretaría Técnica

Natalia Veloso

Redacción y suscripciones

Facultad de Derecho

Universidad de Montevideo

Lord Ponsonby 2506

11600 Montevideo – Uruguay

Impresión

Tradinco S.A.

Minas 1367

Telefax: 2409 4463 – 2409 5589

Montevideo – Uruguay

E-mail: tradinco@adinet.com.uy

Depósito Legal 360.809 / 12

Edición amparada en el decreto

218/996 (Comisión del Papel)

ISSN: 1510-5172

ISSN (en línea): 2307-1610

Las expresiones y opiniones vertidas
por los autores de cada obra
publicada en esta Revista, son de su
exclusiva responsabilidad
Año XVI (2017), N° 31

motivados sobre todo por el otro deterioro; el cultural. Este deterioro pega muchas veces más fuerte en el espíritu que en el bolsillo.

Estudiantes que elogian y se sienten cómodos con la falta de exigencia. Que encumbran a los profesores divertidos y piolas antes que a los exigentes y rigurosos. Que no tienen interés en saber algo de lo que pasó en el mundo hace 40 o 50 años pues suponen que no les incumbe. Que prefieren chatear y entretenerse con chistes de WhatsApp antes que escuchar a fondo a una persona con ideas profundas; que dedican un promedio de tres y cuatro horas diarias a enviar y recibir mensajes y entretenerse con una pantalla del tipo que sea, antes que reflexionar acerca de ideas y proyectos plasmados en documentos, editoriales o libros. Que han transformado a las redes sociales en el ágora moderno en donde se perdió bastante el sentido de la privacidad y el buen gusto. Que confunden a la verdadera amistad con acumular amigos-votos por millares, y se consuelan con un emoji que guiña el ojo y tiene el pulgar para arriba. Que transmutaron la vieja plaza y asamblea pública en donde las ideas se discutían a cara descubierta, por el moderno conventillo electrónico en donde todo puede ser ventilado bajo el manto de la multitud o del anonimato. Que no tienen noción, pero tampoco inquietud, por saber qué pasó en nuestro país y en el mundo hace unas pocas décadas. Que perdieron el gusto por la educación estética y se convencen que la fealdad, la grosería y la desfachatez son símbolos de autenticidad y realismo. Que descuidan las buenas formas a la hora de hablar y de escribir por considerarlas obsoletas. Que exaltan las reacciones emotivas y se conmueven ante múltiples imágenes, pero no procesan racionalmente sus mensajes y contenidos. Que no se detienen unos momentos para procesar las informaciones y datos que reciben para luego interpretarlos con un mayor grado de discernimiento. Es decir, que impregnados de un voluntarismo sentimental quieren hacer y cambiar muchas cosas, pero no saben cómo. Frente a todo esto muchos podrían estar tentados a bajar los brazos y desentenderse ante tamaños desafíos. Lo grande y lo lindo es que no es así. Ni se desentenden ni se desalientan.

De nuevo pienso y creo que son mayoría los que contemplan esta situación como un apasionante desafío para revertir este panorama y lo plantean como una oportunidad de mejora. Lo hacen porque no han perdido la confianza en los jóvenes que aún mantienen ideales, tienen ganas de mejorar el mundo y aspiran a vivir en un entorno más justo, solidario y fraterno. No son pocos los adultos con cabeza joven que apuestan por recuperar un ambiente de cultura general que permita plantearse y discutir los temas de la actualidad con una buena base de información y al mismo tiempo, con la suficiente apertura mental que facilite el diálogo, con discrepancias hechas con fundamentos y siempre dentro de un marco de real respeto. Es amplio el porcentaje de personas que todavía y pese a todo apuestan por la generosidad y las ganas de volar alto. Es grande el número de personas de muy variada edad que entienden a la familia como el centro irremplazable de la educación de sus hijos y que ven a los centros educativos, del tipo que sean, como unos complementos necesarios de esa educación, pero no como unos sustitutos de ella.

Son numerosísimos los grupos de jóvenes docentes y estudiantes dispuestos a formarse mejor, a recibir mayor grado e intensidad de información académica en las áreas que quieren especializarse y profundizar, y que al mismo tiempo están muy disponibles

a entregar parte de su tiempo para ayudar a otras personas más necesitadas en y de diversas formas. Se plantean desafíos gigantescos porque tienen hambre de una mayor y mejor cultura general. Porque muchas cosas les interesan y porque por varias de ellas están dispuestos a dejar de lado o al menos postergar sus proyectos personales. Son generosos, ávidos de una cultura más rica, variada y profunda, proclives a sacrificarse y entregar sus tiempos y planes a cambio de mejorar la vida de otros. Tienen ansias de mejoramiento y entusiasmo para irlo logrando. Saben además utilizar los medios de comunicación y las redes sociales con criterio, justicia y prudencia; dominan a la perfección estas nuevas herramientas pero no son esclavos ni dependientes de ellas.

Son multitud los que piensan y defienden a las normas jurídicas, éticas y sociales como redes de contención y control de abusos. Que ven en el Estado de Derecho el mejor camino para frenar los impulsos populistas y arbitrarios de algunos gobiernos de turno. Son muy considerables los que entienden a la separación e independencia de poderes y a los organismos de contralor como el mejor instrumento descubierto hasta el momento para evitar los despotismos y autoritarismos explícitos o a veces implícitos. Muchos que siguen viendo al Derecho como una herramienta cultural que debe servir para construir puentes antes y más que para destruirlos. Son cuantiosos los que siguen desconfiando de la justicia por mano propia, que no ven en la justicia un simple instrumento de venganza y que no se resignan a vivir bajo la ley de la selva. Son cuantiosos los que entienden que la educación cívica y el amor a la patria no tienen nada que ver con los nacionalismos xenofóbicos y los extremismos radicales. Son incontables los que creen que la prensa libre e independiente debe seguir siendo un ojo, un oído y una voz que jamás, bajo ninguna circunstancia, debe taparse o siquiera cercenarse.

Por todos esos hay que seguir apostando. Los vemos y conversamos con ellos todos los días en nuestros ámbitos universitarios, sociales y laborales. Y no debemos defraudarlos. Son docentes, alumnos, padres y administrativos. Son nuestra esperanza firme y más segura. La opción del desaliento ante el deterioro cultural no es viable; no nos queda otro camino que redoblar la apuesta. Vale la pena.

Junio, 2017

Nicolás Etcheverry Estrázulas